



Torre de Papel
GRUPO EDITORIAL
norma

Las vacaciones de Franz

Franz pasará parte de sus vacaciones en una casa vacacional para niños, pero, a medida que se acerca el día de la partida, la idea le gusta menos: nunca antes ha estado lejos de sus padres o de su abuela. Sin embargo, su estada será más divertida de lo que él se imagina...

Christine Nöstlinger

Nació en 1936 en Austria. En 1984 obtuvo el premio Hans Christian Andersen, considerado el premio Nobel de la literatura infantil, por su obra representada en más de sesenta libros para niños y jóvenes. La misma autora, Torre de Papel ha publicado: *Más historias de Franz*, *Las enfermedades de Franz*, *Franz se mete en problemas de amor* y *De por qué a Franz le dolía el estómago*.



CC 11065

ISBN 958-04-1931-0



9 789580 419310

www.norma.com



Las vacaciones de Franz

Christine Nöstlinger



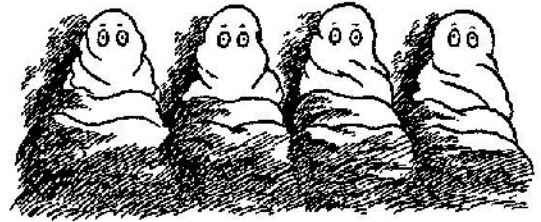
Torre de Papel

Christine Nöstlinger Las vacaciones de Franz

A8
NO
PL
c.
124

GRUPO EDITORIAL **norma**

CONTENIDO



Edición original en alemán:
FERIENGESCHICHTEN VOM FRANZ,
de Christine Nöstlinger.
Una publicación de Verlag Friedrich Oetinger, GmbH, Hamburgo.
Copyright © 1988 por Verlag Friedrich Oetinger, Hamburgo.

Copyright © 1992 para Hispanoamérica y los
Estados Unidos por Editorial Norma S. A.
A. A. 53550, Bogotá, Colombia.

Prohíbe la reproducción total o parcial
de esta obra, por cualquier medio,
sin permiso escrito de la Editorial.

Impreso por Cargraphics S. A. — Red de Impresión Digital
Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Febrero, 2007

Dirección editorial, María del Mar Ravassa G.
Edición, María Mercedes Correa
Dirección de arte, Mónica Botte

ISBN: 958-04-1931-0

Lo que hay que saber acerca de Franz	7
Las cosas que alegran a Franz	15
Franz se queda en distintos lugares	23
De cómo solucionó Franz su problema	29
La huelga de Franz	39
De cómo se vengó Franz	49

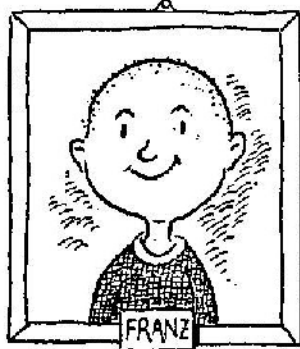
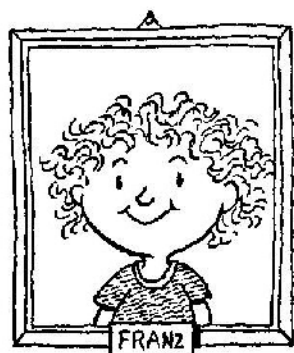


LO QUE HAY QUE SABER ACERCA DE FRANZ

Franz tiene ocho años. Vive con su mamá, su papá y un hermano mayor llamado Josef. Tiene una abuelita que vive en un ancianato y una amiga que se llama Gabi. Ella es vecina de Franz y también tiene ocho años, pero le lleva una cabeza de estatura: en realidad, Franz es muy pequeño. Tan pequeño que la gente suele preguntarle: «¿Ya vas a entrar a la escuela?»

A Franz esto lo enoja muchísimo y

les hace una cara terrible a quienes le hacen esa pregunta tan tonta. La gente le dice entonces: «¡Eres una niña muy malcriada!»

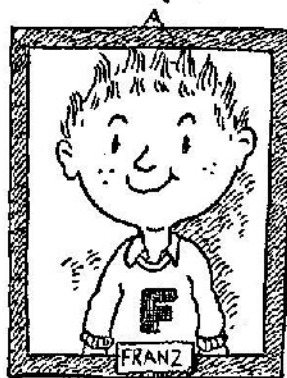


Esto enoja a Franz todavía más y, entonces, le saca la lengua a quienes hacen semejante observación. El no puede evitar ser tan pequeño, pero sí puede evitar que lo consideren una niña. Así, por ejemplo, durante un tiempo se afeitó la cabeza y quedó calvo: las niñas no son calvas. Durante

un tiempo también se peinó los cabellos con gomina y éstos le quedaban parados en forma de cepillo: ninguna niña tiene los cabellos en forma de cepillo. Luego, Franz se dejó crecer nuevamente sus rubios crespos, pues Gabi le dijo un día:

—¡Me encantan los cabellos rubios ondulados!

Ahora Franz anda siempre de corbata y en su muñeca lleva un inmenso reloj. También se pone tirantes y botas



de vaquero, y en el bolsillo del pantalón mantiene una navaja, cuyo estuche lleva pintada una calavera. De su cinturón cuelgan unas tenazas, una broca y un destornillador.

Franz piensa: «¡Sólo un tonto me confundiría con una niña, viendo que llevo corbata, tirantes, reloj gigante, botas de vaquero, navaja, tenazas, broca y destornillador! ¡Y no hay que preocuparse por lo que diga un tonto!»

Franz también tiene problemas con su voz. Esta se le pone muy aguda cuando está enojado, triste o nervioso. Por eso se ve en dificultades cuando pelea con otros niños. Puede amenazar, alegar y maldecir cuanto quiera, pero sólo provoca risa en los demás. «Piii-piii», lo remedan, sin entender lo que Franz dice nerviosamente.

Sólo con Gabi puede pelear de verdad. Ella lo conoce desde que nació y entiende lo que quiere decir con su voz de pito. Con frecuencia, sin em-



bargo, cuando quiere jugarle una mala pasada, hace como si no le entendiera. Cuando Franz chilla rabioso:

—Tonta estúpida.

Ella le pregunta como si nada:

—Perdón, ¿qué me quieres decir?

Si Franz vuelve a repetir:

—Tonta estúpida.

Ella sigue preguntándole con su voz de mosquita muerta:

—Perdón, ¿qué me has querido decir?

Si Franz vuelve a chillar por tercera vez:

—¡Tonta estúpida!

Ella dice:

—De veras lo siento. ¡No entiendo!

Franz se muere de la ira, pero se queda como si nada hubiese pasado, pues sabe que a Gabi le encanta hacerlo rabiar.

Entonces toma una hoja de papel y le escribe: «¡TONTA ESTUPIDA!» Luego hace una bolita con el papel y se la lanza a Gabi a la cabeza.





LAS COSAS QUE ALEGRAN A FRANZ

Franz tiene vacaciones cuatro veces al año.

Una vez en octubre, tras la entrega de calificaciones, otra en Navidad, otra en Pascua y la última a mediados del año, durante el verano. Franz no sabe cuál es la época de vacaciones que más le gusta.

A veces piensa: «¡Las vacaciones de Navidad, por el árbol, la nieve y los regalos!»

Otras veces piensa: «¡Las vacaciones de verano, porque son las más largas!»

Luego piensa: «¡Las vacaciones de octubre, porque puedo salir de paseo!»

Finalmente se le ocurre: «¡Las vacaciones de Pascua, porque puedo viajar con mi abuela!» Pero, en realidad, las vacaciones que más le gustan a Franz, ¡son las que están más cercanas!



Ya el último día de las vacaciones de mitad de año empieza a preguntar:

—¿Cuándo comienzan las vacaciones de octubre?

Y el último día de vacaciones de Navidad pregunta:

—¿Cuándo serán las vacaciones de verano?

Si Franz no pudiera pensar en la llegada de las siguientes vacaciones, su vida sería sólo la mitad de divertida. Franz piensa: «¡Las vacaciones me gustan porque no tengo que hacer nada!»

Cuando se acaban las vacaciones, Franz tiene mucho qué hacer. A las siete tiene que levantarse y diez minutos más tarde tiene que estar en la ducha. Faltando un cuarto para las ocho tiene que salir de casa y a las ocho en punto debe estar en la escuela, frente a su pupitre. Luego tiene que permanecer cuatro horas con la boca cerrada y sólo puede hablar cuando el profesor le pregunte algo.

¡Y todo el día es igualmente aburrido!

Tiene que hacer tareas, buscar el uniforme de gimnasia y ordenar la maleta. ¡Debe aprenderse una poesía



de memoria y también acostarse temprano! Cuando no hay vacaciones, la vida de Franz es terriblemente reglamentada, y eso no le gusta nada. Entonces piensa: «No pasaría nada si de vez en cuando llegara un poquito más tarde a la escuela. ¡De todos modos no se hace nada en los primeros minu-

tos!» Y sigue pensando: «No pasaría nada si dejara de hacer las tareas, una que otra vez. Al día siguiente haría simplemente el doble del día anterior. Daría lo mismo si cada día escribiese



cinco oraciones, o diez oraciones cada dos días».

También piensa: «¡No sería una tragedia si por la noche viera un poco más de televisión. En la escuela sólo bostezaría un poquito!»



Con frecuencia Franz se queja y le dice a su mamá:

—¿Por qué tengo tantas tareas?

Su mamá dice entonces:

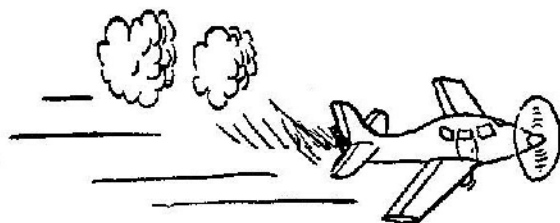
—¡Son tus obligaciones!

A veces Franz está en su cuarto y murmura enojado:

—Obligación, obligación, obligación... —y cuanto más repite esa palabra, más fea le parece. Para Franz la palabra «obligación» es la más desagradable de todas.

Cuando llegan las vacaciones, las «obligaciones» desaparecen. Puede dormir todo lo que quiera, no hay tareas, ni tampoco tiene que ordenar su maleta. Puede quedarse despierto hasta tarde en las noches, y por la mañana puede dormir todo lo que le plazca.

¡Durante las vacaciones, la vida es como debiera ser los 365 días del año!



FRANZ SE QUEDA EN DISTINTOS LUGARES

A los padres, en cambio, las vacaciones de Franz no les gustan mucho. Ellos tienen que trabajar y sus vacaciones son mucho más cortas que las de su hijo.

Cuando llegan las vacaciones siempre se presenta el mismo problema: «¿Quién cuidará a Franz?» A Josef no le gusta cuidar a su hermanito y dice:
—¡Ese enano es un fastidio!

Si, de todos modos, tiene que cui-



dar a Franz, se comporta de forma atroz con él. Cuando la mamá regresa del trabajo, encuentra a Franz llorando, acurrucado en un rincón de su cuarto.

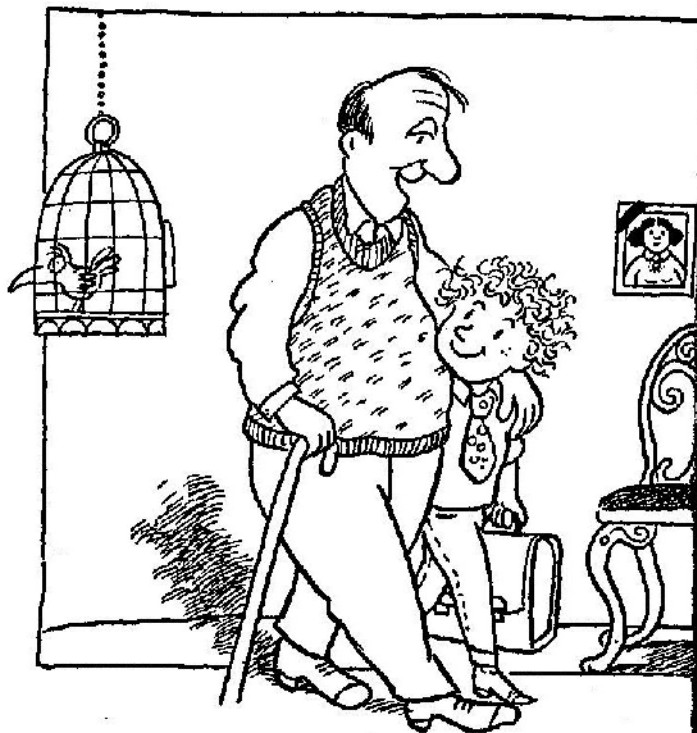
Por eso la abuela se ocupa de Franz en las vacaciones de Pascua y viaja con él a un pueblo cercano. En Navidad, la mamá toma una semana de licencia; y en las vacaciones de entrega de calificaciones está libre el papá. Para el verano les quedan a los padres únicamente tres semanas libres, ¡pero las vacaciones de Franz

duran nueve semanas! El no puede quedarse solo en casa seis semanas enteras, de lunes a viernes, desde la mañana hasta la noche. ¡A los ocho años todavía no se puede vivir solo!

Una persona distinta se ocupa de Franz en cada una de las seis semanas de vacaciones en las que los padres tienen que trabajar. Una semana se queda en casa de Gabi; otra semana viene Lily, una estudiante; la semana siguiente va donde la tía Betty y luego se queda con su abuela en el ancianato, también durante toda una semana. Los siguientes siete días los pasa donde Daniel Eberhard, un compañero de la escuela. Luego le toca el turno al abuelo Pedro; éste no es realmente su abuelo, sino un señor de edad que vive en el mismo edificio de Franz.

A Franz le encanta pasar cada semana en un sitio diferente. Le gusta estar en casa de Gabi porque ella le cae muy bien. La semana con Lily la

disfruta mucho porque ella sabe muchos juegos interesantes. A donde su abuela también le gusta ir porque todos los viejecitos del ancianato se alegran mucho con su visita. Con la tía



Betty el asunto es muy agradable, pues ella le permite ver televisión todo el día. Donde su compañero Daniel puede hacer todas las cosas que

no le gustan ni a Gabi ni a Lily. Por ejemplo, jugar a que van en un avión averiado, jugar a asaltar un banco, a los piratas, o a los astronautas. La semana con el abuelo Pedro es sensacional porque éste sabe contar historias maravillosas.





DE COMO SOLUCIONO FRANZ SU PROBLEMA

Dos semanas antes del fin del año escolar, la mamá de Franz le dijo:

—¡El abuelo Pedro se muda de casa!
¡Ya no podrás pasar con él la semana que siempre pasabas!

Franz dijo:

—¡Entonces me quedaré dos semanas en casa de la tía Betty!

«Once programas de televisión son tan buenos como las historias del abuelo Pedro», pensó.

Su mamá dijo:

—¡Con Betty tampoco será posible, pues ella tiene vacaciones mucho después!

Franz dijo:

—¡Bueno, pues visitaré tres semanas a la abuela!

Y pensó: «¡Donde la abuela también hay televisión y sus amigos cuentan historias divertidas!»

La mamá de Franz agregó:

—¡No es posible. En estas vacaciones la abuela se hará un tratamiento!
—y agregó con un suspiro—: ¡Y Lily también dijo que no, pues encontró un empleo mejor!

Entonces Franz preguntó:

—¿No podría entonces quedarme tres semanas donde Gabi y tres semanas donde Daniel?

Su mamá agitó la cabeza:

—¡Dejarte más de una semana donde Daniel sería abusar de la bondad de la señora Eberhard!

A Franz le molestó mucho saber

que su madre opinaba que su estadía por más de una semana donde Daniel pudiera convertirse en un abuso. Sin embargo, no dijo nada y sólo se limitó a preguntar:



—¿No será posible, entonces, que me quede cinco semanas donde Gabi?

Su mamá observó:

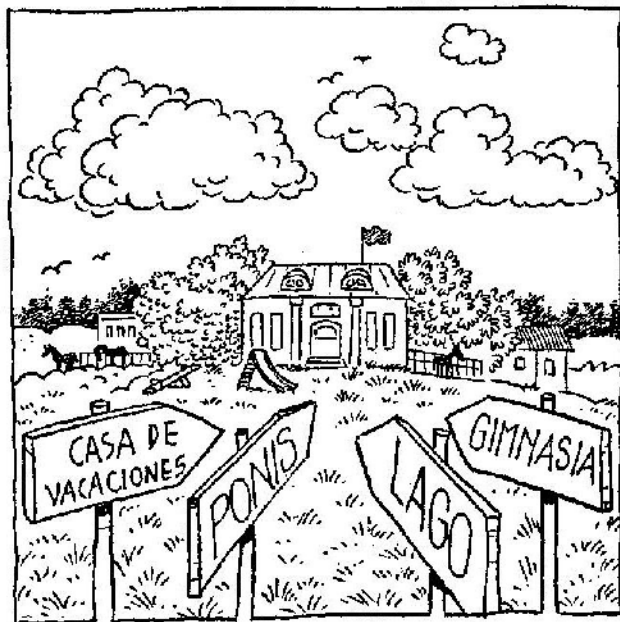
—Donde Gabi sólo puedes quedarte dos semanas. Después ella se irá de viaje con sus padres.

Franz hizo cuentas: dos semanas con Gabi, una semana con Daniel, tres semanas con sus padres: eso da seis semanas.

Luego preguntó:

—¿Y dónde me quedaré las tres semanas restantes?

—¡No tengo idea! —dijo su mamá, dando un suspiro. Entonces Franz recordó que Daniel iba a una casa de vacaciones para niños. El le había contado con mucho entusiasmo cómo era esa casa; hablaba de lo maravilloso que allí se pasaba: decía que la comida era excelente y que las señoritas que cuidaban a los chicos eran magníficas personas. Contaba, incluso, que había un pony para montar y un lago para bañarse. También había aparatos para

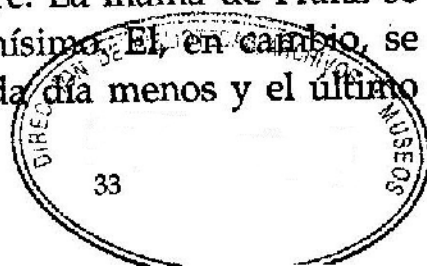


hacer gimnasia. Entonces Franz sugirió:

—¿Qué te parece si voy con Eberhard a la casa de vacaciones?

—Esa sí sería una solución —observó su mamá.

En la casa vacacional quedaba todavía un cupo libre. La mamá de Franz se alegró muchísimo. El, en cambio, se alegraba cada día menos y el último



día de clases, antes de salir a vacaciones, ya estaba completamente desilusionado de la idea. Jamás había estado fuera de casa sin su papá, su mamá o su abuela. Hasta entonces, nunca había pasado una noche sin ellos y, sobre todo, sentía miedo de sólo imaginarse las noches en la casa de vacaciones. Sin embargo, no se lo había dicho a nadie, pues no quería admitir que tenía miedo. ¡Pensaba que era tonto sentir miedo de las noches sin compañía de la familia!

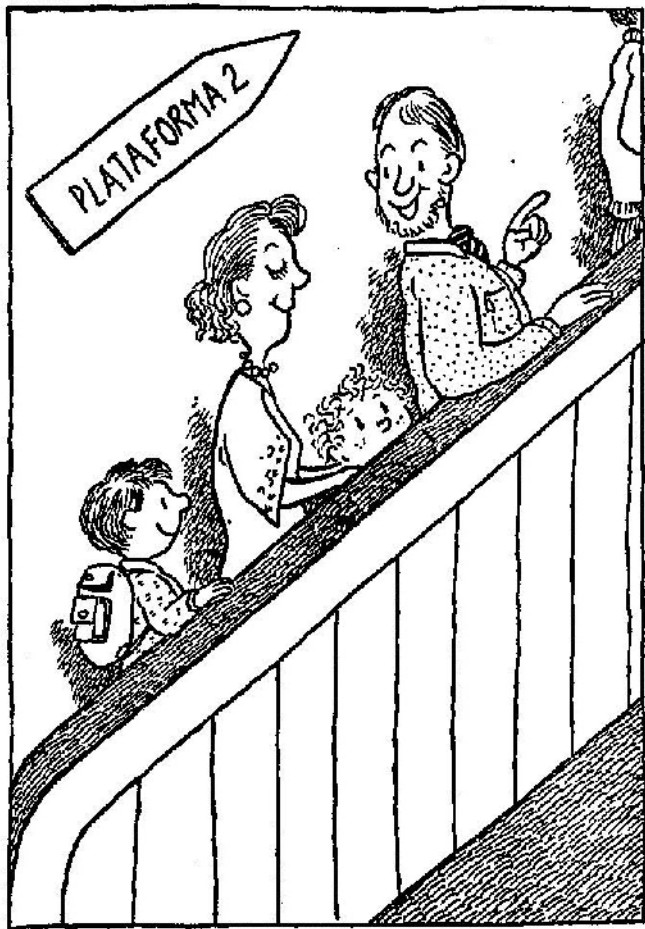
Los últimos días antes de partir, Franz rezaba: «¡Dios mío, envíame un sarampión! ¡Virgen María haz que me dé gripe! ¡Cristo, rómpeme una pierna!»

Infortunadamente, sus oraciones no sirvieron de nada: el día de la partida estaba más saludable que nunca; pero aún conservaba una esperanza: «¡Quizás haya un atascamiento de autos camino a la estación! ¡Entonces perderé el tren!» Mas no hubo ningún



atascamiento, y llegaron más puntuales que nunca a la estación. Franz pensaba: «¡En este momento lo único que me puede salvar es un resbalón con caída y conmoción cerebral». Tres ve-

ces intentó una caída aparatosa: una vez en la sala de espera de la estación, otra vez en la escalera automática y otra en el andén de acceso al tren. La primera vez su papá lo sostuvo, la



segunda, su mamá lo agarró y la tercera vez le cayó a Daniel en los brazos, como un bulto de papas. Este exclamó:

—¿Estás que te caes de la emoción?

Franz comprendió que ya no podía escapar. Así que, sin protestar, se dejó dar el beso de despedida de sus padres; tampoco dijo nada luego, cuando Daniel lo empujó al interior del tren y de un empujón lo sentó en un compartimiento. Allí ya habían tomado asiento dos muchachos, uno de los cuales señaló a Franz y le preguntó a Daniel:

—¿Es tu hermanito menor?

Daniel Eberhard exclamó:

—¿Estás loco? ¡Franz es mi compañero de clase!

El otro muchacho observó burlón:

—¡Habrás que ponerlo entonces en el libro de récords, como el niño de ocho años más pequeño del mundo!

Franz se sentó al lado de la ventana y siguió con la mirada a sus padres,

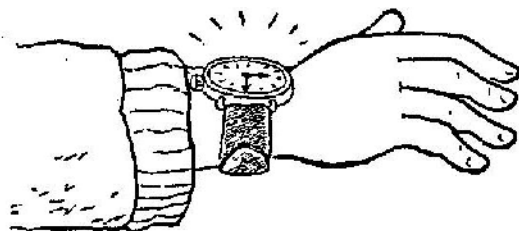


que ya se disponían a salir de la estación. Unas cuantas lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Estás triste? —preguntó Daniel.

Franz no respondió. Triste como estaba, su voz no hubiera sido más que un pito agudo.

Sólo faltó que los dos muchachos dijeran: «¡Habrá que poner también al chiquillo en el libro de los récords, como el que tiene la voz de pito más aguda del mundo!»



LA HUELGA DE FRANZ

La vida en la casa vacacional no era tan mala como Franz se la había imaginado. El primer día, algunos niños se rieron de él por ser tan pequeño, pero Daniel los puso inmediatamente en su sitio, previniéndoles:

—¡Al que llegue a ofender a Franz, lo volveré papilla!

Entonces lo dejaron en paz. La mayoría de los niños, sin embargo, fueron amables con Franz desde el primer día. Las noches tampoco eran tan

malas que digamos. Franz dormía con Daniel y Tomy en el mismo cuarto. Ambos parecían estar en una competencia de ronquidos. Daniel roncaba silbando, al estilo del papá de Franz, y Tomy dando un resoplido, igual que la mamá. ¡Franz se sentía prácticamente como en casa!

Una de las señoritas que los cuidaban, la señorita Ruby, nombró a Franz



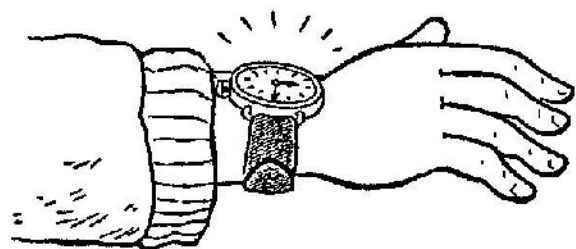
peinador del pony, ¡y él estaba feliz de poder peinarle la cola todos los días!

Franz era el que mejor nadaba en el lago. A pesar de ser una cabeza más pequeño que los otros, siempre les tomaba un cuerpo de ventaja (un cuerpo del tamaño de Franz, naturalmente), lo cual lo hacía sentir muy orgulloso.

Hasta la comida sabía bien en aquella casa, salvo el chocolate, que tenía siempre nata por encima. A Franz, sin embargo, sólo le molestaba una cosa: ¡Todo estaba ya programado y fijado por horario!

A las siete y media debían levantarse. A las ocho en punto debían de-

sayunar y a las nueve había que ir al campo a jugar. A las doce en punto era la hora del almuerzo. Y así transcurría el día en estricto orden hasta la noche. A las ocho ya debían estar en la cama y a las nueve en punto apagaban la luz.



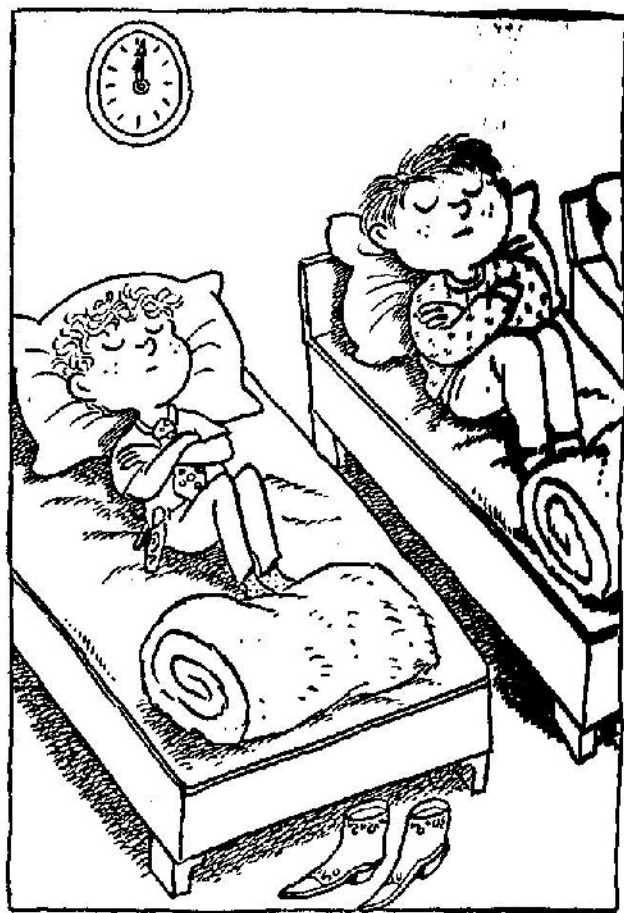
A Daniel y a Tomy tampoco les gustaba ese horario tan estricto y siempre le daban la razón a Franz cuando éste se quejaba:

—¡Aquí siempre está uno programado!

Un día, cuando la campana llamó a almorzar, Daniel se recostó sobre la cama, cruzó los brazos y dijo:

—¡Ya no juego más a esto!

—¡Lo mismo digo yo! —murmuró Tomy y también cruzó los brazos.



—Pero tenemos que ir a almorzar —dijo Franz.

—No tenemos que ir —dijeron Tomy y Daniel. Entonces Franz se recostó también sobre la cama, cruzó los

brazos y miró de reojo su reloj. A las doce y doce minutos se abrió la puerta y un chico les gritó:

—¡Oigan, que vengan a almorzar!

Los tres ni se mosquearon, y el chico simplemente se limitó a decir:

—¡Tontos! —y se fue. Franz continuó mirando su reloj.

A las doce y veinte volvió a abrirse la puerta y la señorita Ruby entró en el cuarto.



—¿Están enfermos? —preguntó.

—Estamos en contra de que nos programen de manera tan estricta —dijo Daniel. Tomy agregó:

—¡No queremos estar dependiendo siempre del reloj!

Y Franz agregó con su vocecita:

—¡Porque en las vacaciones no deben existir las obligaciones!

—¿Entonces cómo quieren las cosas? —preguntó la señorita Ruby.

—Flexibles —dijo Daniel.

—De acuerdo con las ganas que uno tenga —observó Tomy.

—Espontáneamente —dijo Franz con su voz aguda, sintiéndose orgulloso de emplear esa palabra tan complicada.

—Sólo me temo —dijo la señorita Ruby— que si van al comedor espontáneamente y cuando tengan ganas, ¡los demás niños ya se habrán comido todo el jamón!

Daniel saltó entonces de la cama y salió corriendo del cuarto hacia el co-



medor. Tomy salió también a toda carrera detrás de éste. ¡El jamón era el plato preferido de ambos!

—Bueno, ¿y tú? —le preguntó la señorita Ruby a Franz. Este volvió a

mirar su reloj. Ya eran las doce y treinta.

Franz pensó: «¡Doce y media es una buena hora para comer y yo mismo la he escogido espontánea y flexiblemente, de acuerdo con las ganas que tengo!»

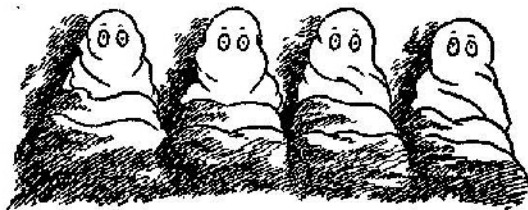
Franz se dirigió entonces al comedor, acompañado de la señorita Ruby. A él le tocó la última porción de jamón.

Dos días más tarde le escribió una postal a su mamá. En ella se apreciaban la casa de vacaciones y el lago; por el reverso decía:

Querida mamá:

¡Hemos hecho huelga porque no queríamos ir a almorzar a las doce! Pero como, de todos modos, a las doce tenemos hambre, ahora estamos almorzando voluntariamente a esa hora.

Besos, Franz



DE COMO SE VENGO FRANZ

Una noche, cuando ya estaban en la cama, Tomy dijo:

—¡Tengo que vengarme de Miguel!

—¿Por qué? —preguntó Daniel.

—Porque Miguel dijo que yo soy un mico —respondió Tomy.

—Miguel sí que es un mico —dijo Daniel—. ¡Y, además, creé en fantasmas!

—¡Magnífico! —exclamó Tomy—. Lo asustaré con fantasmas.

—¿Y cómo? —preguntó Daniel.

—Me pondré una sábana sobre la cabeza —explicó Tomy—. Por debajo llevaré una linterna que alumbrará a través de la sábana: ¡se va a morir del susto! ¡Luego me colaré en su cuarto y rugiré junto a su cama hasta que se despierte!

A Franz esto le pareció un poco malvado. Sin embargo, decidió no decir nada. Tomy estaba empeñado en su idea y seguramente no le hubiera hecho caso.

Franz pensó: «¡Impediré que asuste al pobre Miguel!» Y enseguida se le ocurrió una idea. Pensó que, en realidad, él mismo tenía toda la razón del mundo para vengarse de Tomy.

¡Tomy molestaba a Franz casi a diario! Le metía una esponja empapada debajo de las cobijas, le escondía los tirantes de los pantalones, le cosía una manga o le echaba una mosca de plástico en el plato de sopa. ¡Alguna vez hasta le clavó un zapato al piso! Y si

Franz se enojaba por ello, Tomy le decía simplemente:

—¡No seas tan aburrido! ¡Hay que divertirse un poquito!

Franz pensaba: «¡Espera, Tomy!



¡Serás víctima de tu propio invento!»
A la mañana siguiente, Franz le dijo a Miguel al oído:

—Tengo que hablar contigo, en secreto. ¡Sígueme sin que los demás se den cuenta!

Detrás de la casa, cerca de los contenedores de la basura, Franz y Miguel se acurrucaron y conversaron durante largo tiempo. Cuchicheaban y se reían.

—¿Todo está claro? —preguntó Franz finalmente.

—¡Todo claro! —respondió Miguel.

Después del almuerzo, los niños tenían una hora de descanso. La mayoría de las veces Daniel, Tomy y Franz leían durante este tiempo. También escribían tarjetas. Ese día, sin embargo, Tomy dijo:

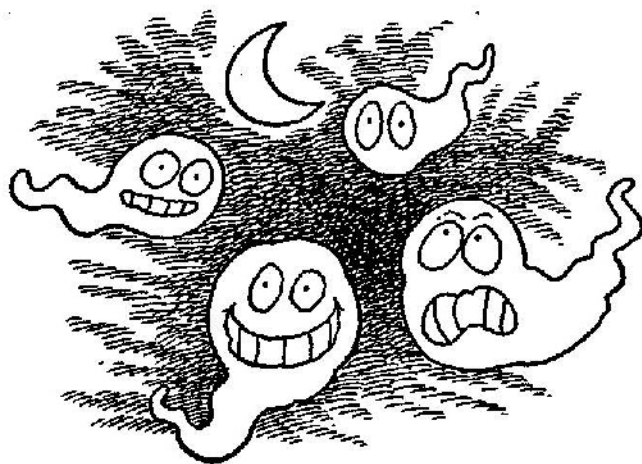
—¡Tengo que dormir; esta noche debo estar en forma para disfrazarme de fantasma!

—¿A qué hora te vas a disfrazar? —preguntó Franz.

—A media noche, naturalmente —dijo Tomy.

Daniel dijo en medio de una risita disimulada:

—¡Los fantasmas aparecen siempre a las doce en punto!



—Sin duda —observó Franz. Luego murmuró—: Tengo que ir por allí —hizo como si tuviera que ir al baño. En realidad fue al cuarto vecino y le susurró algo a Miguel en el oído.

Por la tarde, Franz le pidió prestado el despertador a Andrés; lo puso a las doce menos cinco minutos y se lo dio

a Miguel. ¡Por supuesto que en el más absoluto secreto! Tampoco le dijo nada a Daniel Eberhard, pues a éste le parecía formidable la idea de Tomy y



ya se alegraba de pensar en lo que pasaría a media noche.

—Nos divertiremos de lo lindo —decía.

—Claro que sí —observó Franz mientras sonreía pícaramente.

Ya de noche Tomy esperaba, muy juicioso en su cama, a que fueran las nueve en punto, para que en la casa hubiese absoluto silencio y afuera hubiese total oscuridad. Después de las

nueve no podía estar encendida la luz en ningún cuarto.

¡Pasaron las diez y las once! Daniel bostezaba a más no poder e incluso Tomy empezaba ya a bostezar un poquito. Franz, sin embargo, permanecía más despierto que nunca y el cora-



zón le palpitaba con mucha fuerza por la emoción.

De pronto, Eberhard preguntó:

—¿Tomy, no te gustaría adelantar un poco el «espantamiento»? Los ojos ya se me están cerrando.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Franz con su vocecita chillona—. ¡Miedo de verdad sólo da a media noche!

—¡Exactamente! —dijo Tomy, y continuó esperando en medio de la oscuridad. Pero cada cinco minutos encendía la linterna y miraba el reloj. Finalmente dijo:

—¡Tres minutos para las doce! ¡Manos a la obra!

Daniel y Franz saltaron de sus camas y sacaron las sábanas de los colchones. A la luz de la linterna, envolvieron el cuerpo de Tomy en una sábana y le pusieron la otra sobre la cabeza.

Tomy, el fantasma, se veía de verdad temible: ¡como para salir corriendo! ¡Especialmente la luz de la



linterna, que titilaba opacamente a través de la sábana, era como para poner la piel de gallina!

—¡Adelante! —murmuró el fantasma;

se dirigió a tientas hacia la puerta y salió al corredor. Daniel y Franz salieron detrás de él. En el corredor, la oscuridad era total y solamente allá adelante, en la escalera, alumbraba una diminuta lamparilla.

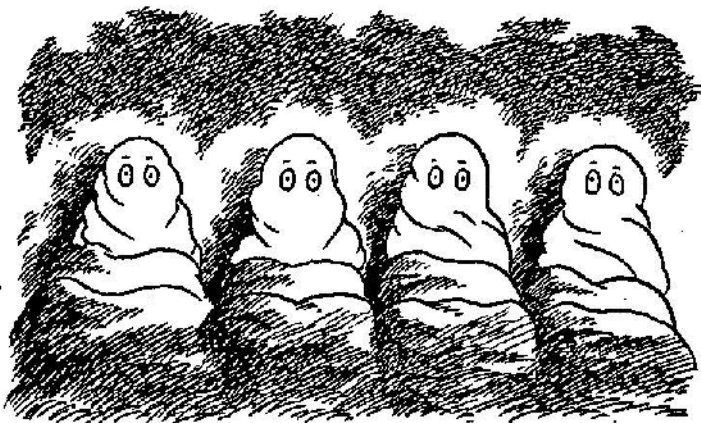
El fantasma continuó torpemente su camino hacia la alcoba vecina. Sigilosamente abrió la puerta y se coló en el cuarto. Franz cerró la puerta nuevamente con un rápido movimiento.

En el interior del cuarto se oyeron gemidos terribles; resoplidos y rugi-



dos fantasmales. ¡Pero no era Tomy el que producía esos sonidos! ¡Tal vez ni siquiera el más experto de los fantasmas podría hacer esos ruidos!

Luego se abrió violentamente la puerta y el fantasma Tomy salió del cuarto dando tumbos, para dejarse caer, luego, en los brazos de Daniel. ¡Temblaba de pies a cabeza! Daniel sostenía en los brazos al tembloroso fantasma y miraba muy sorprendido al interior del cuarto de Miguel. Allí había cuatro camas y en cada una de ellas estaba sentado un horrible fantasma. Cada uno tenía una sábana so-



bre la cabeza, a través de la cual titilaba débilmente la luz de una linterna. El fantasma que estaba en la cama de Miguel exclamó:

—¡Eres un mico, Tomy!

Tomy estaba tan tembloroso, que casi no era capaz de caminar; Daniel tuvo que arrastrarlo de regreso a su cama. El aprendiz de espanto se acostó y continuó temblando. Sólo después de un buen tiempo pudo calmarse nuevamente y conciliar el sueño.



A la mañana siguiente, Tomy preguntó muy furioso:

—¿Cuál de los dos me jugó esa mala pasada?

—Jamás lo sabrás —dijo Daniel, quien, a la hora de la verdad, estaba siempre a favor de Franz. Y Franz, por su parte, observó con su vocecita chillona:

—¡Eso no tiene importancia! ¡No seas tan aburrido! ¡Hay que tener sentido del humor!

